

Crítica literaria

Leer y escribir pueden devenir oración

La lectura com a pregària es uno de esos libros breves escritos para ser saboreados poco a poco, en tardes de ocio, cuando te parece que debes apaciguar un poco el desbocado ritmo del mundo. Hecho de pensamientos, de reflexiones, de máximas, de ráfagas intuitivas, invita constantemente a percatarse de que la vida es un libro abierto, inacabado, sugestivo y a veces fascinante en el que cualquier persona puede escribir alguna línea. Su título, *La lectura com a pregària*, zarandea la fibra interior del lector y lo predispone a sentirse bien, en estas páginas. Es más, el autor piensa que el lector puede extraer de su interior contenidos interiores que vayan más allá de los textos que irá encontrando a lo largo del libro.

Mèlich confiesa que para él el acto de escribir es inseparable de su vida. Más aún, no escribe únicamente para publicar. Escribe también lo que nadie leerá. «Este es —constata— el momento en el que surge la escritura como forma de vida.» Sin embargo, el libro que tenemos entre manos trata de alguno de los aspectos vitales que nos son comunes a hombres y mujeres de la vieja cultura occidental. Por ejemplo, el ámbito de la educación. Para el profesor Mèlich,

JOAN-CARLES MÈLICH

La lectura com a pregària

Fragmenta editorial, 2015, 122 pág.

«la educación debería enseñar que no vivimos ni viviremos en el mejor de los mundos, que el paraíso se encuentra fuera del alcance de los seres finitos, que la justicia, la verdad o el bien absolutos jamás se harán presentes». Por otra parte, afirma que no todo se puede enseñar, y lo que seguro no se puede enseñar es la ética.

En cuanto a las connotaciones prácticas del hecho educativo, educar —según Mèlich— «es estar a la altura de lo que el otro me pide y admite la fragilidad de la condición humana, porque jamás podremos responder adecuadamente a la demanda del otro». El autor insiste en el tratamiento de este tema, y escribe que «educar es dar». Dar siempre algo (conocimientos, actitudes, valores), pero también dar o, por lo menos, exponer que paralelamente existe la posibilidad de la transgresión, una posibilidad no programada e imposible de planificar dentro de la lógica del sistema.

Resultan sugestivas las pinceladas con las que el autor dibuja la interioridad del vivir humano, y asevera que «solo podemos vivir verdaderamente inventándonos a nosotros mismos. Vivir es inventarse». Se trata de una dinámica y progresiva concepción, que remacha con otra sentencia: «Ser es llegar a ser, no ser jamás del todo ni definitivamente.» Mèlich no elude la constatación de la mortalidad del ser humano. Para él, «la muerte es lo más normal y, al mismo tiempo, lo más extraordinario. Sabemos que hemos de morir, pero a menudo no somos conscientes de ello, no queremos serlo». En un libro de tono eminentemente positivo desconcierta un poco la respuesta a la pregunta que se plantea el autor: ¿somos imagen de Dios? «Quizá sí —dice—, pero no de un Dios bueno y amable, sino de un Dios cruel, vicioso, corrompido.» Me parece una respuesta extraña, excesiva, injusta, rechazable. Sí es cierto que hay personas en el mundo

Josep-Maria Puigjaner

Escritor y periodista
jmpuigjaner@hotmail.com



que optan por el vicio, la maldad y la corrupción, sin embargo, son multitud las que reflejan la imagen de un Dios de bondad y de compasión. Gracias a esta imagen, la humanidad sigue aspirando a construir sociedades más amables para sus ciudadanos.

Crítica teatral

«¡Han encontrado a la abuela!»

«NOMÉS SÓN DONES»

de Carmen Domingo.

INTÉRPRETES: Míriam Iscla, Maika Makovski y Sol Picó/Xaro Campo.

DIRECCIÓN: Carme Portaceli. Sala Petita, Teatre Nacional de Catalunya, Barcelona. Hasta el 8 de noviembre.

Palabra, música y coreografía. *Només són dones* podrían ser tres propuestas independientes y cada una de ellas tendría buena parte de la propia fuerza que desprende al reunirse en una: podía haber sido un monólogo, podía haber sido un solo de danza o podía haber sido un recital. Es precisamente esta visión triangular conjunta la que provoca que la deteriorada Memoria Histórica tome forma en cuerpo de mujer, la olvidada, la silenciada, la víctima inocente, la que el franquismo y sus seguidores querían redimir aunque fuera con torturas, secuestros de criaturas en brazos o fusilamientos no considerados políticos y perdidos entre las cifras jamás cerradas totalmente.

Los testimonios que escoge la ensayista y ahora dramaturga Carmen Domingo (Barcelona, 1970) podrían también ser muchos más. Sin embargo, el hecho de desvelar solo unos cuantos ya despierta

© Albert Armengol



La actriz Míriam Iscla, la coreógrafa Sol Picó y la cantante Maika Makovski en una escena de la obra

la historia escondida desde hace casi ochenta años: por miedo, por deseo de olvido, por no extender la mancha con la que fueron marcadas las familias durante la Dictadura franquista...

Y una vez el testimonio está sobre el escenario, es necesario la abstracción obligada de las disciplinas artística: los lamentos o los susurros medio cantados con la cautivadora voz de Maika Makovski; el movimiento arañado de la bailarina (Sol Picó o Xaro Campo en algunas funciones alternas); la palabra matizada de la actriz Míriam Iscla por cada cambio de registro, según quién habla, de las mujeres víctimas de la guerra.

«¡Han encontrado a la abuela!», empieza rompiendo el silencio, la actriz Míriam Iscla. Han encontrado a la abuela muerta, asesinada y escondida en una fosa común, lo que queda de sus restos, como tantos cuerpos abatidos junto a un muro o dejados tirados en una cuneta de carretera. Y los descontrolados disparates de una confrontación civil desatada desde el inicio en ambos bandos y continuada después en manos de los vencedores van saliendo a la luz y despertando la conciencia de los que se imaginaban que una guerra era solo una serie de fotogramas en blanco y negro, surgidos del «¡silencio y rodando!» y

«¡corten, es buena!». La ficción se convierte en realidad y la realidad golpea el pasado de las familias que jamás se habían atrevido a preguntar ni hablar de ello en voz alta.

La dirección de Carme Portaceli dispone que el realismo de fondo de *Només són dones* se palpe con el simbolismo. Incluso, de las tres intérpretes, la actriz de la palabra juega este simbólico papel cuando pasa de una voz a otra, de un físico a otro, de una manera de ver la desdicha a otra. Mientras Maika Makovski puntea los momentos más dramáticos con su voz, la bailarina puntea también —nunca mejor dicho— entre un juego de bolos hecho a base botellas perdidas que contienen cada una una nota con los nombres olvidados de las víctimas anónimas.

La mirada trágica se acelera con la incorporación de un ataúd transparente medio lleno de agua donde el personaje de la bailarina —que parece que siempre ronda como un fantasma alrededor de la actriz-mujer-víctima— chapotea y donde acabará descansando también el cuerpo de la mujer. Un montaje audiovisual ambiente el imprescindible blanco y negro del pasado y sirve para situar, con datos y cifras, una de las épocas que, aunque cada vez más lejana, parece que recorre un camino a la inversa para recordar que también es cada vez más cercana.

Andreu Sotorra

Escritor y periodista
andreusotorra@gmail.com

